

Escribir, un ejercicio de meditación

Héctor Sánchez

No estoy seguro que un narrador sin muchos lectores pueda interesar como protagonista de una experiencia que, sin el éxito, se reduce a uno mismo. De entrada, recuerdo a Hemingway: "Escribe una frase tan verídica como sepas. El resto llegará". Si me sintiera mejor, diría que las importantes editoriales que me han publicado en Hispanoamérica hicieron bien en aceptar mis libros, pero muy mal en difundirlos adecuadamente. Hay tantos pretextos, como ilusiones perdidas, en esto de escribir. No encuentro razones para expresarlo de otro modo y añadido, con la misma franqueza, que sólo un profundo optimismo me ha atado sin descanso a la literatura, a lo largo de veintidós años, desde que publiqué mi primer libro. Poco tiempo, cuando se está en una nómina, cuando los libros de contabilidad revelan que la vida ha sido útil, cuando el triunfo corona nuestras obras. Pero cuando su pauta es la que entregamos azarosamente a este oficio, se convierte en cansancio y desesperanza.

Resulta legítimo esperar algo más de nuestros esfuerzos, no tanto como de un acto malo, ni tan escaso como si fuera esencialmente bueno. Pero alguna vez se lo escribí al crítico norteamericano Raymond L. Williams: "Está visto que la literatura es una puta que sabe más de nosotros, y que mientras los verdaderos escritores no conozcan el juego, seguirán siendo cornudos del oficio". No puedo ser más elocuente para expresarlo.

Genet se asombraría de las pocas cosas interesantes de mi existencia. Contradiendo a Rousseau, a pesar de los *medios* en que he vivido, no puedo aducir que he sido ladrón, que me he vendido por una razón siquiera buena, que he sido contrabandista, cuchillero, desertor, idiota útil, presidiario, anarquista, o vocacionalmente satánico. He sido peor que eso, un buen muchacho que vio a su padre ganarse honorablemente el pan, en los ferrocarriles de mi país, con el jornal más bajo que puede ganar un hombre sobre la tierra. Un buen muchacho que fue muerto y sepultado en el catolicismo de este siglo, que sigue tan viejo y distante del prójimo, como en la Edad Media. Que fue llevado con una banderita a los mítines políticos de un señor que, además, era el dueño del pueblo. Que tuvo la mala suerte de sólo ver cine mexicano hasta los quince años. Que fue, otra vez, sepultado en un internado para muchachos, donde malterminó su secundaria. Que a esa edad se emborrachó como un adulto y divagó alegremente entre las hetairas, y se peleó y guerreó para ser feliz a su manera. Que en plena adolescencia perdió a sus primeros amigos, en la última de nuestras guerras civiles, la del 48. Que jugó al fútbol con tenacidad ejemplar. Que cantó en emisoras, sin pretensiones profesionales. Que lidió toros, esencialmente, para divertirse. Que intentó ser pedagogo. Que a los veinte años había leído a Emilio Salgari, William S. Royan, Alejandro Dumas, Homero, y que

dejaría de leerlos cuando llegó a sus manos *Viaje hacia el fin de la noche*, de Louis Ferdinand Celine. Que entonces abandonó su hogar y atraído por los viajes buscó las grandes ciudades. Primero Bogotá, donde hizo periodismo dos largas y extenuantes semanas, que convirtieron a mi jefe en enemigo, provocando mi expulsión, para siempre, de esa actividad que cada día apreciaba menos. Después me entregué al teatro, una de las mejores desgracias que pueden ocurrirle a uno. Nunca el hambre y la devoción fueron más complacientes, más dóciles y amigas. Creo que en ningún otro momento de mi vida, el aprendizaje encontró mejores pretextos para empujarme hacia un mundo, y comprender el cabal significado de la provincia.

Dejé el teatro por la literatura y me puse a escribir. A escribir cuentos, que es lo más aconsejable para quien sueña con hacerse escritor. Hacia 1965, aún persistía la idea de que Bogotá era la Atenas suramericana. En realidad, teníamos la Academia de la Lengua, oradores públicos que manejaban la economía a través de metáforas, poetas de inspiración metódica, que igual le cantaban al arco iris, al patio trasero de la casa, a la bandera y que, seguramente, encontraban de muy mal gusto a César Vallejo, José Gorostiza, León Felipe, y no sé qué más, porque la ciudad era lluviosa y triste como siempre, y no había editoriales que pudieran contarse como tales.

Mi primer libro, *Cada viga en su ojo*, 1967, me costó los ahorros de toda mi vida y situarme junto al impresor, a ayudarlo en su tarea, hasta sacar un libro que en su conjunto hacía honor a su contenido. Nadie puede decir que le costó algo leerlo porque debí regalar la edición completa de mil ejemplares. No pasó nada pero yo me sentí como Alexis el griego, después de ver hundidas, sucesivamente, sus empresas. Estaba contento, pero no me sentí escritor. Me sentí, en cambio, capaz de serlo, porque tenía lo esencial: no era mezquino y tenía, algo que entonces descubrí, paciencia para no desesperar.

De entre los escombros de esa experiencia, el año siguiente me fui a México, llevando un segundo libro que allí publiqué: *Las ma-*

niobras, una novela que Joaquín Mortiz tomó a cambio de mis primeros honorarios en este oficio. Me prometí, entonces, aceptar el reto de contribuir a elevar la dignidad del mismo, como ocurre en otras actividades, que jamás excusan sus dietas. La decisión no ha sido fácil, pero he conseguido a lo largo de estos años, sin ser un escritor de moda, que los editores acepten mi planteamiento.

Y el planteamiento, aunque nunca llegue a expresarse, es que no tengo otro trabajo, porque entonces no podría sentarme a escribir sin tregua, como lo hago, dos años por cada libro que publico. Hay escritores que consiguen, con dos o tres tardes a la semana, terminar un libro, después de doce, quince años. Otros que, sobre la fatiga laboral obligada, se toman la noche para hacerlo, y aun son capaces de no enloquecer. Yo necesito todo el tiempo, porque escribir es, sobre todo, un ejercicio de meditación, de concentración en uno mismo para rehacer la acción dispersa del pensamiento, en un estado que podemos denominar crítico. Yo necesito soñar todo el tiempo lo que me mueve a escribir, para sopesar sus equivalencias e imperfecciones, si no resulta pedante decirlo de este modo. Hay un instinto potencial que me lleva a entregarme a lo que hago, sudando y respirando su conjunción existencial. Es posible que no esté revelando mayor cosa, pero mi consideración se extiende más allá.

Ser escritor, quizás no sea más heroico que asumir cualquier otra actividad, deseada profundamente. Pero no es lo mismo serlo en Europa o los Estados Unidos. No sólo nuestro desarrollo económico lo hace más difícil, sino que, el soporte del escritor que son sus lectores, puede contarse en los dedos de una mano. Somos un continente empobrecido por la nefasta administración de sus riquezas, que ha reproducido, hasta nuestros días, el descabellado negocio de trocar pepitas de oro por espejos. El afán de la supervivencia transformó en deleznable toda forma de ocio estetizante, de compromiso con el arte o la cultura. Esta dramática subordinación se refleja, incluso, en la universidad que, ante la presión, redujo el problema a satisfacer, como en la industria, la demanda inmediata del mercado, a mucha distancia

de los viejos principios formativos del profesional integral. A todo esto, hay que añadir la acción neurótica de unos medios de comunicación ocupados en ganar dinero por las vías de menor resistencia, y que convirtieron al escritor en invisible.

Yo he vivido diecisiete años fuera de Colombia, y he visto aparecer mis libros, nueve en total, desde la Argentina hasta España, y algo he leído en torno a ellos, pero en mi país ha sido diferente. Allí no dicen que soy bueno, no dicen que soy malo. Sencillamente, no dicen nada, aunque la verdad es que no puede esperarse mucho de una crítica que tampoco figura en el orden laboral. Y más aún, como el tejido editorial tampoco se mueve por razones de altruismo sino por principios radicalmente comerciales, la suerte del escritor es muy incierta y depende más de factores extraliterarios, que de los esencialmente cualitativos. En términos sencillos, a los editores les importa un pepino la buena o mala calidad de un libro, sólo les importa su venta. Esta diabólica concepción es justa en cuanto al capital, pero no en cuanto a la verdadera relevancia del producto, que afortunadamente se mueve por otros parámetros. Conozco editoriales que van un poco más lejos y, por toda valoración, obligan al escritor de turno a comprarse su propia edición, o la mayor parte de ella. Este pérfido procedimiento ha hecho camino en mi país, vanalizando un oficio que nunca fue tomado en serio y que, con todo ello, no hizo más que negarse, mostrando de paso una de sus tantas miserias. Escribir contra ese cúmulo de dificultades no es fácil y ennoblece mucho más a quienes, sin ventajas ni dar sus brazos a torcer, no sucumben ante tanta insolidaridad, y paso a paso van dando coherencia a su obra.

Yo he tenido la ventaja de publicar la mayor parte de mi obra fuera de Colombia, y de conocer a editores nacidos entre libros, que habían leído algo más que cifras bancarias, y que aspiraban a morir en sus convicciones de que no siempre los libros del presente son los del porvenir, y por ellos valía la pena arriesgar algún dinero.

Mis viajes por Latinoamérica y los doce últimos años en Barcelona, España, tuvieron,

desde luego, el móvil de la curiosidad pero estuvieron presididos, fundamentalmente, por la necesidad de buscar una respuesta editorial. En la década axial del sesenta, las letras de nuestro hemisferio vivieron uno de sus momentos más fecundos, cuando autores, relativamente divulgados y cuyas obras poseían una vocación universal, fueron redescubiertos con traducciones y ediciones que parecían antes un sueño. Muchos de ellos estaban en el nacimiento de nuestra modernidad literaria. Otros, apenas asomaban pero, en conjunto, era una nueva clase de escritor, sin mucha vocación para la burocracia y con mucha independencia intelectual para buscar parentescos más nobles como la universidad, cuando no, para no distraer, en absoluto, su trabajo. Para quienes entonces andábamos por las primeras letras, fue un fenómeno que fortaleció nuestras convicciones, transformando en posible lo que hasta entonces parecía un oficio remoto. Es verdad que los beneficios no alcanzaron para todos, pero también es cierto que, desde aquellos años, nuestra identidad literaria ha ido arraigándose por el resto del mundo, de acuerdo a preferencias e intereses editoriales.

En el desarrollo histórico de Latinoamérica, tenía que suceder así, después de descubrir la noción integral de nuestro continente y, sobre todo, de comprender los grandes sofismas que alentaban el concepto de la territorialidad, sutilmente extraído de un orden inferior. Esa pretensión de creernos criaturas privilegiadas, con cultura y desarrollo superior, cuando sólo éramos una gran vecindad narcotizada en sus particulares cotidianidades, se transformó, definitivamente, y con ello, el ámbito de nuestra existencia se expandió. Ahora sabemos que la joven América no es un concepto abstracto y que poseemos señales de identidad que nos aproximan a la unidad. Que en nuestra mala memoria y en nuestros sueños está nuestra mayor desgracia. Y tantas cosas por ese orden.

Esta saludable apertura, como en todo lo que es nuevo, arrastró sus propios desencantos y los ímpetus renovadores se tornaron inciertos. Después de algunos años, la pro-

liferación de escritores, que entonces surgieron, fue decreciendo y, del mismo modo, decreciendo el interés de los editores por ellos. Los lectores que esperaban un poco más de aquella vanguardia literaria, abdicaron progresivamente de su devoción, como se dice, a manos.

Mi conclusión es que la literatura no se hace en función de técnicas, sino de una radical sinceridad y mucho oficio. Los hilos que guían a un escritor no pueden ser los que animan a las marionetas. El escritor debe luchar contra sus limitaciones, pero no someterlas a soluciones artificiales. La escritura es, un poco, la persona misma y expresa, por tanto, las connotaciones esenciales de su mundo. Sólo ella conoce las claves de su orquestación, y sólo su habilidad aprobará o negará sus resultados.

Estas son mis propias respuestas. No fui un niño prodigio. Al contrario, me recuerdo manso y tardío por la vida, ganado, eso sí, por mi paciencia de observador. Y casi siempre lo que observo está más allá del simple plano de la curiosidad. Mi memoria se nutre de esas interminables revelaciones. En el colegio mis tareas fueron malas, pero los primeros poemas aprendidos en mi infancia sirvieron para imponer mi orgullo, cuando de redactar se trataba. Terminé mi bachillerato tropezando entre un colegio y otro.

A los veintisiete años de edad, animado por el ejemplo de quienes empezaban a publicar, hice otro tanto. Ser escritor me parecía un destino privilegiado. Conocía sus miserias, a través de biografías tristes como las de Edgar Allan Poe, Dostoievski, Kafka, Horacio Quiroga, pero era más fuerte mi admiración por su obra, grande y alta como un sol. Sabía que el éxito es caprichoso y que había que prepararse contra su negación, y después aprendí que cuanto más se trabaja, más se complica el asunto.

Desde que reduje mi trabajo a escribir, amplí las horas de mi sueño, hasta las nueve de la mañana. No hay forma de que altere ese hábito, porque si no, no conseguiría imponer el resto del día mi propio orden laboral. Alguna vez intenté trabajar en una máquina eléctrica, pero no conseguí adaptarme. Así

que no me aparto de las convencionales, y cuando me hablan de computadores y demás, me siento como cuando se aproximaba en el colegio la clase de matemáticas. No tengo nada contra el progreso, en general, aunque me entristezca su despiadada beligerancia, pero con mi vieja máquina voy seguro y contento, como esos artesanos que ponen su alma en cada una de sus invenciones. En este cuadro de costumbres, algo que tampoco he conseguido jamás es escribir de noche. Sé que la noche aviva los sentidos y que mentalmente nos hace más perceptibles, pero cuando el día es esa pequeña guerra de nervios, que nos hace sentir con un pie adentro y otro afuera, y siempre hay alguien que nos está cobrando, me parece un riesgo mantener la guardia en alto. Muy a mi pesar, los asuntos que dejo pendientes en mi máquina actúan de otra manera, y aun en medio de ruidosas veladas, me sorprende, a veces, efectuando alguna anotación.

No necesito de un ambiente esencial para escribir, salvo poder hacerlo. Puedo escribir sentado, de pie, cómodo o sobre una piedra, con ruido o sin él, vestido o desnudo. De hecho, *Entre ruinas*, una de mis últimas novelas, la escribí dentro de una cama en un invierno barcelonés, hasta el verano. Como no puedo hacerlo, es con hambre o ira. Enamorado o no, escribo lo mismo. Y como mejor escribo, aunque parezca broma, es sin dinero. Cuando tengo dinero viajo a gastarlo, y cuando uno se divierte, no puede escribir.

He mencionado mis primeras lecturas, pero hubo otras de un sabor más local, ligadas a mi sangre por el lenguaje. En términos familiares, el uruguayo Felisberto Hernández es como el abuelo que me hizo vibrar con su triste y hermoso anecdótico. El brasileño Joao Guimaraes Rosa, un padre memorioso que me enseñó la sabia sencillez de las cosas, con la sabia sencillez de su lenguaje. Otro uruguayo, Juan Carlos Onetti, la presencia más leal de la literatura latinoamericana contemporánea. Una existencia desgarrada, trascendida en arte y lucidez. Medio siglo de libros, y no todos los lectores que se merece. El mexicano Juan Rulfo, expresión metódica del talento, junto al desgano por la gloria, y a quien una vez

escuché: "Estoy escribiendo un paisaje nocturno con palabras azules". No hace falta ir más allá.

Alguna vez, a un escritor amigo que, después de su segundo libro, presentaba todos los síntomas de querer desertar, le dije: Yo también he llegado a pensar que escribir es una tarea inútil, pero ello sólo ocurre porque la vida es inútil. Y le recordé un libro de José Luis Romero, publicado en 1976: *La-*

tinoamérica, las ciudades y las ideas, cuya reconstrucción sociológica, lejos de tener como soporte la historia sin alma, llamada mercedamente oficial, se nutre de nuestra tradición novelística, para ilustrar sus diferentes ciclos históricos. Somos relativamente inútiles, porque sólo servimos para esto. Lo que debemos intentar es que sirvamos para ello, de verdad.

